



Aleksandr Kuprín  
EL BRAZALETE  
DE GRANATES

Traducción del ruso de Marta Rebón

# I

A mediados de agosto, antes de la luna nueva, de pronto arreció uno de esos horribles temporales tan característicos de la costa norte del mar Negro. Noche y día, se extendía pesadamente sobre la tierra y el mar una densa niebla, de modo que la enorme sirena del faro ululaba sin cesar, como un toro furioso. Caía una llovizna incesante de la mañana a la mañana, fina como el polvo de agua, que convertía los caminos y senderos de arcilla en un espeso y uniforme lodazal donde las carretas y los carruajes se quedaban largo tiempo encallados. Luego, desde la estepa, en el noroeste, empezó a soplar un feroz huracán; ante sus embates, las copas de los árboles se balanceaban y se mecían arriba y abajo como las olas durante una tormenta, y retumbaban los tejados de hierro de las dachas, como si alguien corriera sobre ellos con unas botas pesadas; los marcos de las ventanas temblaban, las puertas se cerraban de golpe y un aullido salvaje salía de las chimeneas. Varios bar-

cos pesqueros se extraviaron en el mar, y dos de ellos no regresaron; no fue hasta al cabo de una semana cuando el mar arrojó, a diferentes puntos de la costa, los cadáveres de los pescadores.

Los habitantes del complejo turístico de las afueras —en su mayoría griegos y judíos de temperamento jovial y receloso, como todos los sureños— se marcharon a toda prisa a la ciudad. Por la carretera enfangada se extendía un sinfín de carros, tirados por caballos sobrecargados con todo tipo de enseres domésticos: colchones, sofás, baúles, sillas, lavamanos, samovares. Era patético, triste y repugnante mirar, a través de la muselina turbia de la lluvia, esos bártulos deplorables que parecían desgastados, sucios, míseros; a las criadas y las cocineras sentadas sobre las lonas húmedas que cubrían los carros, con planchas, botes y cestas en las manos; los caballos sudorosos y exhaustos que a menudo se detenían con las rodillas temblorosas, humeando y tambaleándose hacia los lados; a los cocheros que maldecían con voz ronca, envueltos en arpilleras para protegerse de la lluvia. Aún más triste era ver las dachas abandonadas con su repentina amplitud, vacío y de-

solación, con sus parterres arrasados, los cristales rotos, los perros abandonados y toda suerte de basura de las casas de veraneo, como colillas de cigarrillos, papeluchos, fragmentos de vajilla, cajitas y frascos de farmacia.

Pero a principios de septiembre el clima cambió bruscamente y de una forma del todo inesperada. Llegaron días serenos y despejados, tan luminosos, soleados y cálidos como no se habían visto siquiera en julio. En los campos resecos la telaraña otoñal titilaba con su brillo de mica en las puntas amarillas de los rastrojos. Los árboles, que habían recobrado su quietud, se resignaron a dejar caer en silencio sus hojas amarillas.

La princesa Vera Nikoláievna Sheina, esposa de un mariscal de la nobleza, no había podido irse de la dacha, porque la remodelación de su casa en la ciudad aún no se había completado. Y ahora estaba muy feliz por la llegada de esos días maravillosos, el silencio, la soledad, el aire puro, el gorjeo de las golondrinas sobre los cables telegráficos a punto de emprender el vuelo y la suave brisa salada que soplaba ligeramente desde el mar.